

Solemnidad de la Ascensión del Seno C2025

Celebramos hoy la Solemnidad de la Ascensión de nuestro Señor Jesús al cielo. El misterio que celebramos en esta fiesta es el mismo que celebramos en la resurrección de nuestro Señor. De hecho, si Dios resucitó a Cristo de entre los muertos, fue para que ahora esté sentado a su diestra y se convierta en el Señor de vivos y muertos. La Ascensión y la Resurrección de nuestro Señor son las dos caras de una misma moneda: la glorificación de nuestro Señor.

La Ascensión de nuestro Señor al cielo no significa que nos haya dejado solos. Según su promesa, estará con nosotros siempre hasta el fin de los tiempos. Por lo tanto, aunque ahora está en la gloria del Padre, nuestro Señor sigue con nosotros por el poder del Espíritu Santo. Antes de la Pascua, solo se le podía ver en un lugar a la vez; solo podía hablar con la gente con la que estaba en ese momento. Ahora todas estas limitaciones han sido eliminadas; está en la gloria de su Padre, pero sigue cerca de nosotros para siempre y en todas partes.

La carta a los Hebreos presenta a nuestro Señor como nuestro Sumo Sacerdote, quien entró en el santuario de Dios, una vez por todas, para ofrecer su propia sangre por nuestra salvación. Como nuestro Sumo Sacerdote, quita nuestros pecados y volverá para traer salvación a quienes lo esperan con ansias. A pesar de nuestra situación actual de sufrimiento y dificultades, debemos estar gozosos en la espera de su regreso. Debemos acercarnos al santuario de Dios con un corazón sincero y una confianza absoluta en nuestro Salvador.

La tristeza de su ausencia visible se compensa con la certeza de su presencia continua entre nosotros mediante el poder del Espíritu Santo. Eso es lo que alegra a los discípulos. Como relatan los Hechos de los Apóstoles, después de la Ascensión, los discípulos «regresaron a Jerusalén con gran alegría y estaban continuamente en el templo alabando a Dios».

¿Cómo era posible que los discípulos estuvieran gozosos y alabaran a Dios? ¿No es acaso triste cuando perdemos a nuestros seres queridos? Los discípulos alababan a Dios y estaban gozosos porque sabían que nuestro Señor, al ir al Padre, lo hizo para prepararnos un lugar. Donde él fue, nosotros también debemos estar.

Esta visión nos infunde valor y esperanza en un futuro brillante. Cualesquiera que sean las dificultades que tengamos en la vida presente; cualesquiera que sean los desafíos que enfrentemos cada día, tenemos la certeza de que un día compartiremos la alegría del cielo, donde nuestro Señor nos ha precedido. Nuestra situación actual de enfermedad, crisis y altibajos no es nada comparada con la gloria que nos espera.

Debemos recordarnos siempre que nuestro Señor se hizo hombre por nosotros; murió y resucitó por nosotros. Al ascender al Padre, lo hace también por nuestro bien. Por eso, dice en el Evangelio de Juan: «Les conviene mucho más que me vaya; si no me voy, el Paráclito no vendrá a ustedes» (16, 7). La ida al Padre coincide con la venida del Espíritu Santo, el Paráclito, cuya función es enseñarnos y recordarnos la enseñanza de nuestro Señor.

Una vez más, no estamos solos ni lo estaremos jamás. Nuestro Señor está presente entre nosotros por el poder de su Espíritu Santo. Sin embargo, el Señor que va al Padre nos deja la misión de ser sus testigos. Como dicen los Hechos: «Serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra». Esta es una tarea confiada a cada uno de nosotros, según nuestra vocación de vida como esposo, esposa, padre, madre, maestro, trabajador, sacerdote, laico, etc.

La misión recibida es también la de transformar el mundo. Cuanto más transformamos este mundo en fidelidad a nuestro Señor y a su palabra, más damos testimonio de que le pertenecemos. Al hacerlo, demostramos que nuestra fe en Jesús puede marcar la diferencia en el mundo. Nadie tiene derecho a decir que, porque esperamos el regreso del Señor, no tenemos nada que hacer en este mundo. En este sentido debemos entender las palabras de los ángeles a los discípulos: «Galileos, ¿qué hacen allí parados, mirando al cielo?» Mirar al cielo es una actitud de pasividad.

En otras palabras, los ángeles nos dicen: «Hombres y mujeres, este es su momento de transformar el mundo. Hagan algo para que el mundo y la tierra sean un lugar mejor para las generaciones futuras». Aunque el mundo esté pasando, nunca debemos olvidar que la esencia de nuestra fe en Jesús no es solo cuidar del alma, sino también del cuerpo. Al fin y al cabo, el hombre es una unidad de alma y cuerpo. Debemos cuidar de uno sin descuidar del otro.

La fiesta de la Ascensión nos recuerda que, como iglesia y como individuos, hemos recibido de Jesús la misión de ser su boca y sus manos. En esta misión, no estamos solos, porque su Espíritu nos acompaña en medio de los sufrimientos que soportamos por su nombre.

¡Que Dios bendiga la misión realizada en su nombre entre nuestros hermanos y hermanas! Que bendiga el esfuerzo evangelizador de tantos misioneros en todo el mundo. Que Jesús sea fuente de fortaleza para quienes se sienten agotados en la misión por las dificultades. Amen.

Hechos 1: 1-11; Hebreos 9: 24-28; 10: 19-23; Lucas 24: 46-53



Fecha de la Homilía: el 1 de Junio, 2025

© 2025 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20250601homilia.pd